



BIBLIOTECA DE «LA NACION»

ALFONSO DAUDET

CARTAS DE MI MOLINO

TRADUCCIÓN DE F. CABAÑAS



**BUENOS AIRES
1911**

Reservados los derechos de traducción.

Imp. de LA NACIÓN.—Buenos Aires

INDICE

- Acta notarial
- Cartas de mi molino
- La Diligencia de Beaucaire
- La Mula del Papa
- El Faro de las Sanguinarias
- La Agonia de la goleta
- Los Aduaneros
- Los Viejos
- El Subprefecto en el campo
- El Poeta Mistral
- Las Naranjas
- En Milianah
- La Langosta
- En Camargue
 - I.—La Partida
 - II.—La Cabaña
 - III.—¡A la espera!
 - IV:—Rojo y blanco
 - V.—El Vaccarés
- Nostalgia de cuartel
- Las Emociones de un perdigón rojo
- El Emperador ciego o viaje a Bavaria para buscar una tragedia japonesa:
 - I.— El Señor coronel de Sieboldt
 - II.—La Alemania del Sur
 - III.—En «Droschke»
 - IV.—El País de lo azul
 - V.—Paseo sobre el Starnberg
 - VI.—La Bavaria
 - VII.—El Emperador ciego

ACTA NOTARIAL

«Compareció ante mí, Honorato Grapazi, notario residente en Pamperigouste:

»El señor Gaspar Mitifio, esposo de Vivette Cornille, avecindado y residente en el lugar denominado Los Cigarrales;

»Quien, por la presente escritura, vende y transfiere con todas las garantías de hecho y de derecho, y libre completamente de deudas, privilegios e hipotecas,

»Al señor Alfonso Daudet, poeta, que reside en París, aquí presente y aceptante,

»Un molino harinero de viento, situado en el valle del Ródano, en la Provenza, sobre una ladera poblada de pinos y carrascas; cuyo molino está abandonado desde hace más de veinte años e inservible para la molienda a causa de las vides silvestres, musgos, romeros y otras hierbas parásitas que ascienden por él hasta las aspas.

»Sin embargo, a pesar de su estado ruinoso, con su gran rueda rota, y la plataforma llena de hierba nacida entre los ladrillos, el señor Alfonso Daudet declara convenirle el citado molino y, encontrándolo apto para servir en sus trabajos de poesía, lo toma por su cuenta y riesgo, y sin reclamar nada contra el vendedor por causa de las reformas que necesitará introducir en él.

»La venta se hace al contado y mediante el precio convenido, que el señor Daudet, poeta, ha mostrado y colocado sobre la mesa en dinero contante y sonante, cuyo precio ha sido cobrado y guardado por el señor Mitifio; todo ello a vista del notario y testigos que suscriben, de lo cual se extiende carta de pago con reserva.

»Contrato elevado en Pamperigouste, en el estudio de Honorato, estando presentes Francet Mamai, tañedor de pífano, y Luiset, alias el *Quique*, portador de la cruz de los penitentes blancos.

»Los cuales firman con las partes y el notario, previa lectura...»

CARTAS DE MI MOLINO

INSTALACIÓN

¡Valiente susto les he dado a los conejos! Acostumbrados a ver durante tanto tiempo cerrada la puerta del molino, las paredes y la plataforma invadidas por la hierba, creían ya extinguida la raza de los molineros, y encontrando buena la plaza, habíanla convertido en una especie de cuartel general, un centro de operaciones estratégicas, el molino de Jemmape de los conejos. Sin exageración, lo menos veinte vi sentados alrededor de la plataforma, calentándose las patas delanteras en un rayo de luna, la noche en que

llegué al molino. Alabrir una ventana, ¡zas! todo el vivac sale deestampía a esconderse en la espesura, enseñandolas blancas posaderas y rabo al aire. Supongoque volverán.

Otro que también se sorprende mucho al verme,es el vecino del piso primero, un viejobúho, de siniestra catadura y rostro de pensador,el cual reside en el molino hace ya más deveinte años. Lo encontré en la cámara del sobradillo,inmóvil y erguido encima del árbol decama, en medio del cascote y las tejas que sehan desprendido. Sus redondos ojos me miraronun instante, asombrados, y, después, despavoridoal no conocerme, echó a correr chillando.¡Hu, hu! y sacudió trabajosamente lasalas, grises de polvo; ¡qué diablo de pensadores,no se cepillan jamás! No importa, tal comoes, con su parpadeo de ojos y su cara enfurruñada,ese inquilino silencioso me agradamás que cualquiera otro, y no me corre prisadesahuciarlo. Conserva, como antes de habitarioyo, toda la parte alta del molino con una entradapor el tejado; yo me reservo la plantabaja, una piececita enjalbegada con cal, con labóveda rebajada como el refectorio de un convento.

*
* *

Desde ella escribo con la puerta abierta depar en par, y un sol espléndido.

Un hermoso bosque de pinos, chispeante deluces, se extiende ante mí hasta el pie del repecho.En el horizonte destacanse las agudascresterías de los Alpillés. No se percibe el ruidomás insignificante. A lo sumo, de tarde entarde, el sonido de un pífano entre los espliegos,un collarón de mulas en el camino. Todoese magnífico paisaje provenzal sólo vive porla luz.

Y actualmente, ¿cómo he de echar de menosese París ruidoso y obscuro? ¡Estoy tambien en mi molino! Este es el rinconcito queyo anhelaba, un rinconcito perfumado y cálido,a mil leguas de los periódicos, de los cochesde alquiler, de la niebla. ¡Y cuántas lindascosas me rodean! No hace más de una semanaque me he instalado aquí, y tengo llenaya la cabeza de impresiones y recuerdos. Ayertarde, por no ir más lejos, presencié el regresode los rebaños a una *masía* situada al pie dela cuesta, y les juro que no cambiaría ese espectáculopor todos los estrenos que hayan tenidoustedes en esta semana en París. Y si no,juzguen.

Sabrán que en Provenza se acostumbra enviarel ganado a los Alpes cuando llegan los calores.Brutos y personas permanecen allí arribadurante cinco o seis meses, alojados al sereno,con hierba hasta la altura del vientre;después, cuando el otoño empieza a refrescar laatmósfera, vuelven a bajar a la *masía*, y vueltaa rumiar burguesmentelos grises altozanosperfumados por el romero.

Quedábamos en queayer tarde regresaban los rebaños. Desde por la mañana esperaba el zaguán, de par en parabierta, y el suelo de los apriscos había sido alfombrado de paja fresca. De hora en hora exclamaba la gente: «Ahora están en Eyguières, ahora en el Paradón.» Luego, repentinamente, a la caída de la tarde, un grito general de ¡ahí están! y allá abajo, en lontananza, veíamos avanzar el rebaño envuelto en una espesa nube de polvo. Todo el camino parece andar con él. Los viejos moruecos vienen a vanguardia, con los cuernos hacia adelante y aspecto montaraz; sigue a éstos el grueso de los carneros, las ovejas algo fatigadas y los corderos entre las patas de sus madres, las mulas con perendengues rojos, llevando en serones los lechales de undía, meciéndolos al andar; en último término, los perros, sudorosos y con la lengua colgando hasta el suelo, y dos rabadanes, grandísimos tunos, envueltos en mantas encarnadas, que les caen a modo de capas hasta los pies.

Desfila este cortejo ante nosotros alegremente y se precipita en el zaguán, pateando con un ruido de chaparrón. Es digno de ver el movimiento de asombro que se produce en toda la casa. Los grandes pavos reales de color verde y oro, de cresta de tul, encaramados en sus perchas han conocido a los que llegan y los reciben con una estridente trompetería. Las aves de corral, recién dormidas, se despiertan sobresaltadas. Todo el mundo está en pie: palomas, patos, pavos, pintadas. El corral anda revuelto: las gallinas hablan de pasar en vela la noche. Diríase que cada carnero ha traído entre la lana, juntamente con un silvestre aroma de los Alpes, un poco de ese aire vivo de las montañas que embriaga y hace bailar.

En medio de esa algarabía, el rebaño penetra en su yacija. Nada tan hechicero como esa instalación. Los borregos viejos enternecen al contemplar de nuevo sus pesebres. Los corderos, los lechales, los que nacieron durante el viaje y nunca han visto la granja, miran en derredor con extrañeza.

Pero es mucho más enternecedor el ver los perros, esos valientes perros de pastor, atareadísimos de sus bestias y sin atender a otra cosa más que a ellas en la *masía*. Aunque el perro de guarda los llama desde el fondo de su nicho, y por más que el cubo del pozo, rebosando de agua fresca, les hace señas, ellos se niegan a ver ni a oír nada, mientras el ganado esté recogido, pasada la tranca tras de la puertecilla con postigo, y los pastores sentados alrededor de la mesa en la sala baja. Sólo entonces consienten en irse a la perrera, y allí, mientras lamen su cazuela de sopa, refieren a sus compañeros de la granja lo que han hecho en lo alto de la montaña: un paisaje tético donde hay lobos y grandes plantas digitales purpúreas coronadas de fresco rocío hasta el borde de sus corolas.

LA DILIGENCIA DE BEUCAIRE

En el mismo día de mi llegada aquí, había tomado la diligencia de Beaucaire, una grancarraca vieja y destartada que no necesitaba recorrer mucho camino para regresar a casa, pero que se pasea con lentitud a todo lo largo de la carretera para hacerse, por la noche, la ilusión de que viene de muy lejos. Íbamos cinco en la baca, además del conductor.

Un guarda de Camargue, hombrecillo rechoncho y velludo, que trascendía a montaraz, con ojos saltones inyectados de sangre y conaretes de plata en las orejas; después dos boquereuses, un tahonero y su yerno, los dos muy rojos, con mucho jadeo, pero de magníficos perfiles, dos medallas romanas con la efigie de Vitelio. Finalmente, en la delantera y junto al conductor, un hombre, o por decir mejor, un gorro, un enorme gorro de piel de conejo, quien no decía nada de particular y miraba el camino con aspecto de tristeza.

Todos aquellos viajeros se conocían unos a otros, y hablaban de sus asuntos en voz alta, con mucha libertad. El camargués refería que regresaba de Nimes, citado por el juez de instrucción con motivo de un garrotazo que había dado a un pastor. En Camargue tienen sangre viva. ¿Pues y en Beaucaire? ¿No pretendían degollarse nuestros dos boquereuses a propósito de la Virgen Santísima? Parece ser que el tahonero era de una parroquia dedicada mucho tiempo atrás a Nuestra Señora, a la que los provenzales conocen por el piadoso nombre de la Buena Madre y que lleva en brazos al Niño Jesús; el yerno, por el contrario, cantaba ante el facistol de una iglesia recién construida y consagrada a la Inmaculada Concepción, esa hermosa imagen risueña que se representa con los brazos colgantes y despidiendo rayos de luz las manos. De ahí procedía la inquina. Merecía verse cómo se trataban esos dos buenos católicos y cómo ponían a sus patronas celestiales.

—¡Está buena tu Inmaculada!

—¡Pues mira que tu Santa Madre!

—¡Buenas las corrió la tuya en Palestina!

—¡Y la tuya, tan horrorosa! ¿Quién sabe lo que habrá hecho? Que lo diga si no San José.

Para creerse en el puerto de Nápoles, no faltaba más que ver relucir las navajas, y a femía, creo que efectivamente la teológica disputaba parado en eso, si el conductor no hubiera intervenido.

—Déjenos en paz con sus vírgenes—dijo riéndose a los boquereuses;—todo eso son chismes de mujeres, y en los que los hombres no deben intervenir.

Cuando concluyó hizo restallar la tralla con un mohín escéptico que afilió a su opinión a todos los viajeros.

*
* *

La discusión estaba terminada, pero, disparadoya el tahonero, necesitaba desahogarse con alguien, y dirigiéndose al infeliz del gorro, silencioso y triste en un rincón, preguntole con aire picaresco.

—Amolador, ¿y tu mujer? ¿Por qué parroquia está?

Es necesario creer que esta frase tendría una intención muy cómica, puesto que en la bacatodo el mundo se rió a carcajadas. El amolador no se reía. Al ver esto, el tahonero dirigióse a mí.

—¿No conoce usted, caballero, a la mujer del amolador? ¡Vaya con la picaruela de la feligresa! En Beaucaire no existen dos como ella.

Redobláronse las risas. El amolador no se movió, limitándose a decir en voz baja, sin alzarla cabeza:

—Cállate, tahonero.

Pero al demonio del tahonero no le acomodaba el callarse, y prosiguió acentuando laburla:

—¡Cáspita! No puede quejarse el camarada de tener una mujer así. No hay medio de aburrirse con ella un instante. ¡Figúrese usted! Una hermosa que se hace robar cada seis meses, siempre tendrá algo que referir cuando vuelve. Pues es igual. ¡Bonito hogar doméstico! Imagínese usted, señor, que todavía no hacía un año que estaban casados cuando ¡paf! va la mujer y se larga a España con un vendedor de chocolate. El esposo se queda solito en la casa gimoteando y bebiendo. Estaba como loco. Después de algún tiempo regresó al país la hermosa, vestida de española, con una pandereta de sonajas. Todos le decíamos:

—Ocúltate, porque te va a matar.

Que si quieres, ¡matar! Volvieron a unirse muy tranquilos, y ella le ha enseñado a tocar la pandereta.

Hubo una nueva explosión de risas. Sin levantarla cabeza, murmuró de nuevo el amolador desde su rincón:

—Cállate, tahonero.

Pero éste no hizo caso, y continuó:

—¿Pensará usted, señor, que sin duda al volver de España permaneció quieta la hermosa? ¡Quia! ¡Que si quieres! ¡Su marido habíatomado aquello con tanta calma! Eso la animó para volver a las andadas. Después de español, hubo un oficial, a éste siguió un marinero del Ródano, más tarde un músico, después, ¡qué sé yo! Y lo más notable del caso es que a cada escapatoria se representaba la misma comedia y con igual aparato. La mujer se marcha, el marido llora que se las pela, vuelve ella, consuélase él. Y siempre se la llevan, y siempre la recobra. ¡Ya ve usted si necesita tener paciencia ese marido! Debe también decirse que la amoladora es extraordinariamente guapa... un verdadero bocado de cardenal, pizpireta, muy mona, bien formada y además tiene la piel muy blanca y los ojos de color de avellana que siempre miran a los hombres riéndose. ¡Si por casualidad, querido parisiense, llega usted alguna vez a pasar por Beaucaire!...

—¡Oh, calla, tahonero, te lo suplico!—volvió a exclamar el pobre amolador con voz desgarradora.

En ese instante se paró la diligencia. Estábamos en la masía de los Anglores. Allí se apearon los dos boquereuses, y juro a ustedes que no hice nada por retenerlos. ¡Tahonero farsante! Estaba ya dentro del patio del cortijo, y todavía se oían sus carcajadas.

*

* *

Al salir la gente, pareció quedarse vacía la baka. El camargués habíase apeado en Arlés, el conductor marchaba a pie por la carretera, junto a los caballos. El amolador y yo, cada uno en su rincón respectivo, nos quedamos solos allá arriba, sin chistar. Hacía calor, el cuero de la baka echaba chispas. Por momentos sentí cerrárseme los ojos y que la cabeza se me ponía pesada, pero me fue imposible dormir. Continuaba sin cesar zumbándome en los oídos aquel «cállate, te lo suplico», tan melancólico y tan dulce. Tampoco dormía el infeliz. Situado yo detrás de él, veíale estremecerse sus cuadrados hombros, y su mano (una mano paliducha y vasta) temblar sobre el respaldo de la banqueta, como si fuera la mano de un viejo. Lloraba.

—Ha llegado usted a su casa, señor parisiense—me gritó de repente el conductor de la diligencia, y con la fusta apuntaba a mi verde colina, con el molino clavado en la cúspide como una mariposa gigantesca.

Bajé del vehículo apresuradamente. De paso junto al amolador, intenté mirar más abajo de su gorro, hubiese querido verlo antes de marcharme. Como si hubiera comprendido mi intención, el infeliz levantó bruscamente la cabeza, y clavando la vista en mis ojos, me dijo con voz sorda:

—Míreme bien, amigo, y si oye usted deciralgún día que ha ocurrido una desgracia enBeaucaire, podrá usted afirmar que conoce alautor de ella.

Su rostro estaba apagado y triste, con ojospequeños y mustios.

Si en los ojos tenía lágrimas, en aquella vozhabía odio. El odio es la cólera de los pusilánimes.En el caso de la amoladora, no las tendríayo todas conmigo.

LA MULA DEL PAPA

Entre los innumerables dichos graciosos,proverbios o adagios con que adornan sus discursosnuestros campesinos de Provenza, noconozco ninguno más pintoresco ni extraño queéste. Junto a mi molino y quince leguas en redondo,cuando se habla de un hombre rencorosoy vengativo, suele decirse:

«¡No te fíes de ese hombre, porque es comola mula del Papa, que te guarda la coz sieteaños!»

Durante mucho tiempo he estado investigandoel origen de este proverbio, qué queríadecir aquello de la mula pontificia y esa cozguardada siete años. Nadie ha podido informarmeaquí acerca del particular, ni siquieraFrancet Mamaï, mi tañedor de pífano, quienconoce de pe a pa las leyendas provenzales.Francet piensa, lo mismo que yo, que debe deser reminiscencia de alguna antigua crónica delpaís de Aviñón, pero no he oído hablar jamásde ella, sino tan sólo por el proverbio.

—Sólo en la biblioteca de las Cigarras puedeusted encontrar algún antecedente—me dijo elanciano pífano, riendo.

No me pareció la idea completamente disparatada,y como la biblioteca de las Cigarrasestá cerca de mi puerta, fui a encerrarme ochodías en ella.

Es una biblioteca maravillosa, admirablementeorganizada, abierta constantemente paralos poetas, y servida por pequeños bibliotecarioscon címbalos que no cesan de dar música.Allí pasé algunos días deliciosos, y despuésde una semana de investigaciones (hechasde espaldas al suelo), descubrí, al fin, lo quedeseaba, es decir, la historia de mi mula y deesa famosa coz guardada siete años. El cuentoes bonito, aunque peque de inocente, y voya tratar de narrarlo como lo leí ayer mañanaen un manuscrito de color del tiempo, que olíamuy bien a alhucema seca y cuyos registroseran largos hilos de la Virgen.

*

* *

No habiendo visto Aviñón en tiempo de los Papas, no se ha visto nada. Jamás existió ciudad alguna tan alegre, viva y animada como ella, en el ardor por los festejos. Desde la mañana a la noche, todo eran procesiones y peregrinaciones, con las calles alfombradas de flores, empavesadas con tapices, llegadas de cardenales por el Ródano, ondeando al viento los estandartes, flameantes de gallardetes las galeras, los soldados del Papa entonando por las calles cánticos en latín, acompañados de las matracas de los frailes mendicantes; después, de arriba abajo de las casas que se apiñaban zumbando alrededor del gran palacio papal como abejas en torno de su colmena, percibíase también el tic tac de los bolillos que hacían randas, el vaivén de las lanzaderas que confeccionaban los tisúes de oro para las casullas, los martillitos de los cinceladores de vinajeras, las tablas de armonía ajustadas en los talleres de guitarrero, las canciones de las urdidoras, y sobresaliendo entre todos estos ruidos el tañido de las campanas y algunos sempiternos tamboriles que roncaban allá abajo, hacia el puente. Porque entre nosotros, cuando el pueblo está contento, necesita estar siempre bailando, y como por aquellos tiempos las calles de la ciudad eran excesivamente estrechas para la farándula, pífanos y tamboriles situábanse en el puente de Aviñón, al viento fresco del Ródano, y día y noche se estaba allí baila que bailarás. ¡Ah, qué dichosos tiempos, qué ciudad tan feliz! Alabardas que no cortaban, prisiones de Estado donde se ponía a refrescar el vino. Jamás hambre, nunca guerra. He aquí cómo gobernaban su pueblo los Papas del Condado. ¡Tal es la causa de que los eche tanto de menos el pueblo!

*

* *

Entre todos los Papas, merece citarse con especialidad uno que era un buen viejo, llamado Bonifacio... ¡Oh, qué muerte más llorada la suya! ¡Era un príncipe tan amable, tan gracioso! ¡Se reía tan bien desde lo alto de su mula! Y cuando alguno pasaba cerca de él, así fuese un pobrete hilandero de *rubia* o el gran Vegner de la ciudad, ¡le daba su bendición con tanta cortesía! Un verdadero «Papade Ivetot», pero de un Ivetot de Provenza, con algo de picaresco en la risa, un tallo de mejorana en la birreta, y sin el más insignificante trapicheo... La única Juanota que siempre se le conocía este santo padre era su viña, una viña plantada por él mismo a tres leguas de Aviñón, entre los mirtos de Château-Neuf.

Todos los domingos, concluidas las vísperas, el justo varón iba a requebrarla, y cuando estaba allí arriba sentado al grato sol, con su mula cerca, y en rededor suyo sus cardenales tendidos a la bartola, al pie de las cepas, entonces mandaba destapar un frasco de vino de su cosecha (ese hermoso vino, de color de rubí, conocido desde entonces acá por el nombre de *Château-Neuf de los Papas*), y lo

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

